

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

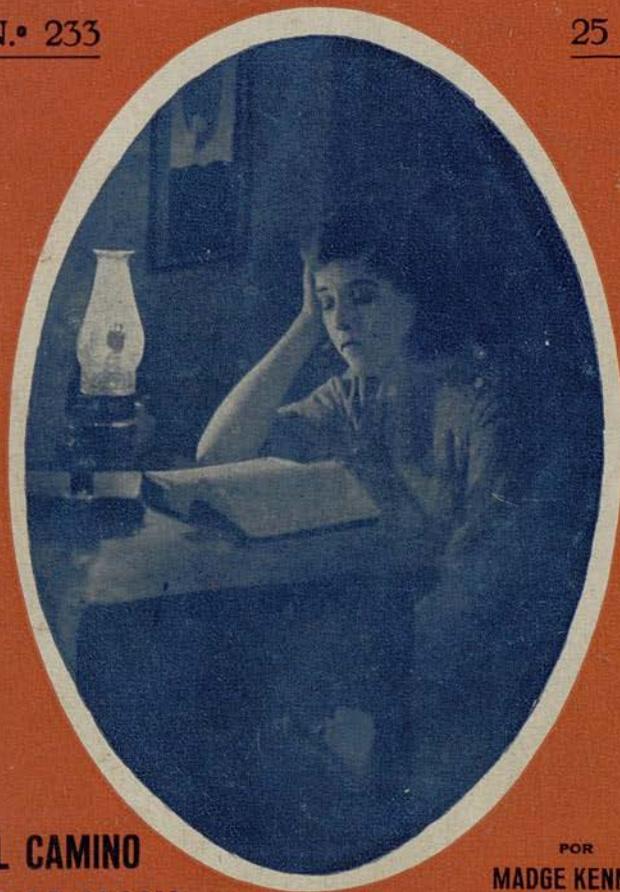
Barbará, 18, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 233

25 cts.



**EL CAMINO
DE LA GLORIA**

POR
MADGE KENNEDY

y MONTE BLUE
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 233

El Camino de la Gloria

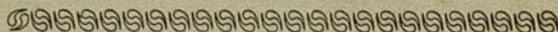
Sugestiva novela cinematográfica, interpretada por
la primorosa artista MADGE KENNEDY
y el prestigioso actor MONTE BLUE,
entre otros.

88

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de
SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
PAULINE FREDERICK



El Camino de la Gloria

Argumento de la película

Cuando Eduardo Prentice abandonó el hogar paterno y los pozos de petróleo de la familia, para dedicarse a escribir dramas que nadie había de representar, su acaudalado padre, en un arranque de ironía, fundó y dedicó a la memoria de su hijo, una institución a la que puso el nombre de "Asilo para Artistas y Literatos Fracasados".

Los asilados vivían en una vieja casa rodeada de jardín, en un paraje solitario, alejado de la ciudad. El castigo de su fracaso consistía en que tenían que escucharse mutuamente.

Dos veces al día celebraban entusiasta reunión, durante la cual todos y cada uno de los internados declamaban sus versos o cantaban soberbias melodías con una voz que aspiraba a la posteridad.

Habían resuelto el problema material de la existencia; nunca les faltaría el alimento diario. Sin otra preocupación que la de su arte rechazado por el mundo, reclinaban sus anhelos artísticos en aquel caserón, ante el grupo de compañeros fracasados igualmente en la pasión por la gloria.

El tirano que gobernaba con mano férrea aquella singular familia, era la señora Carney, quien estaba convencida de que no había en la tierra otro ser superior a ella.

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

La muchacha que tenía a su cargo las faenas de la casa, era Abril Blair, una linda criatura, risueña y bonita, de ojos parteros y expresivos, una muñeca con suavidades de flor.

Una mañana de primavera, en el jardín, los inter-



La muchacha que tenía a su cargo las faenas de la casa, era Abril Blair, una linda criatura, risueña y oomta...

nados celebraban su acostumbrada sesión. Abril, cargada de ropa, iba a tenderla sobre las cuerdas del patio. La señora Carney, desde una ventana, la llamó, ordenándole con su voz agresiva y dura:

—Muchacha, cuando llegue ese holgazán de plome-ro, dile que suba.

—Perfectamente, señora — respondió Abril.

Y con el montón de ropa sobre la cabeza, prosiguió, tambaleándose, el camino.

Ante la puerta del Asilo se detuvo un hombre joven con ese aspecto de abandono de las gentes que

llevan a costas algún dolor. Se trataba de Eduardo Prentice, que, después de varios años de continuos fracasos, venía a refugiarse, con el nombre supuesto de Guillermo Craig, en el asilo que su padre fundara.

Sonrió tristemente al leer el cartel puesto en la puerta:

“ASILO PARA ARTISTAS Y LITERATOS FRACASADOS. FUNDADO POR AMOS PRENTICE EN MEMORIA DE SU HIJO EDUARDO PRENTICE”.

Entró en el jardín. Aquel sería su refugio último, una mansión de paz donde olvidar las penas de otros días. Llegaba ya cerca de la casa, cuando vió moverse en el suelo una gran alfombra, agitada por continuas ondulaciones. ¿Quién estaría escondido bajo la prenda?... Quiso salir de dudas y la levantó, maravillado al propio tiempo de su audacia. Y apareció, reidora y blanca, Abril Blair, que había caído con aquélla y no acertaba a librarse de su peso.

—Muchas gracias, joven... Pero... no le conozco. ¿Quién es usted?

—Me llamo Guillermo Craig y vengo a buscar un puesto entre ustedes.

—¿Es usted artista... como los demás...?

—Lea usted.

Y le mostró una tarjeta, que decía:

Admitase a Guillermo Craig, Fracasado como Autor Dramático, en el "Asilo para Artistas y Literatos Fracasados". Carlos Rice-Testamentario.

—¡Oh! ¿Usted también es como éstos?... Tan joven... — Y le miraba sorprendida, no explicándose que un hombre mozo abandonara ya toda posibilidad de victoria.

—No tengo otro remedio. Si usted supiera lo que yo he luchado para abrirme camino. Y nada conseguí...

Su mirada se extendió por el jardín y pudo ver a un grupo de asilados que reposaban junto a la casa.

—Allí están sus nuevos compañeros, señor. Yo

me llamo Abril Blair y soy quien cuida de todo...

—¿La ayudan a usted mucho?

—¡Qué han de ayudarme! Pobrecitos, no se mueven para nada, en todo el día, más que para acercarse al comedor cuando suena la hora de la comida.

—¡Estarán tan amargados como yo!...

—¡Figúrese!... Ese calvo que ve usted ahí, es Manny Bean, el único de su familia que fracasó como empresario teatral... Y aquel otro es José Renard... Un gran músico y notable violinista que dejó de serlo, repentinamente, a consecuencia de un desengaño.

La señora Carney apareció de repente.

—¿Ya estás entreteniéndolo al plomero? — exclamó—. Eres tan holgazana como él...

Ante la sorpresa del joven, Abril explicó:

—Esta es la señora Carney... Cree que usted es el plomero...

—Usted perdone, señora. Ni siquiera soy plomero. Soy un fracasado. He aquí mi cédula solicitando la admisión.

—¡Cómo! — contestó la encargada después de leer la tarjeta—. Me parece usted demasiado joven para venir a mezclarse con esos viejos.

—Soy tan viejo como ellos, señora — respondió el muchacho con desaliento.

—En fin, como usted quiera. Voy a enseñarle su habitación.

Y fué de esta manera como el hijo del fundador del Asilo formó parte de aquella Asociación de gente triste.

En aquella casa, donde todo era recuerdo y melancolía, Abril era lo único alegre, el alma de los tres grandes acontecimientos diarios: el desayuno, la comida y la cena.

En la cocina, era Abril ayudada por un negro viejo, contagiado del optimismo ferviente de la muchacha.

Un anochecer, mientras ella preparaba los sabrosos guisados, el negro comenzó a cantar una canción aprendida de los propios labios de Abril.

*Suben por la escalera de la gloria humana
muchas ilusiones con alas de ensueño.*

¡Cuántas ilusiones se quedan sin alas!

¡Cuántas ilusiones ruedan por el suelo!

—¡Bien, Tom, bravo! — exclamó ella, entusiasmada—. Pero ¿no sabe usted la segunda estrofa de la canción?

—No la recuerdo...

—Voy a cantarla...

Y su voz gorjeante, de pájaro tropical que canta las alegrías y el misterio de la selva, cantó:

*Pero no arredrarse, jóvenes ni viejos;
subid por la escala de la humana gloria,
que siendo constantes llegaréis a ella,
si tenéis talento...*

Su cuerpo, impulsado por el ritmo, comenzó a moverse, bailando con una elegancia sin par.

Hallábanse en el comedor todos los huéspedes de la casa. Llegó hasta ellos el eco de la romanza, que sonaba con una entonación de cristal. El joven Guillermo quedó gratamente sorprendido al escuchar aquello.

—¡Qué voz tan bonita! — comentó.

—És Abril Blair—explicó Renard—. Su padre era un célebre maestro de canto que murió en este Asilo... La señora Carney hace trabajar a la muchacha como una burra.

—¡Pobre criatura!—comentó "Guillermo", conmovido.

Apareció Abril trayendo las fuentes humeantes de los guisos. La cena transcurrió silenciosa, cada cual sumido en los pensamientos de su mundo interior. Pero luego, uno de los asilados se levantó para brindar y saludar al nuevo huésped que en adelante sería inseparable compañero de todos.

Y pronunció un divertido discurso, lleno de palabras rimbombantes y de conceptos soberbios... Abril, sencilla y traviesa, reía por lo bajo, sin poder disimular sus alegres sentimientos. Lo que notado por el orador, causó en éste tal disgusto que dió por terminada la peroración.

—Eres la desgracia de esta casa — gritó—. Ante ti no es posible decir nada serio. ¿Por qué te ries de nuestras cosas?... Eres una calamidad...

—No, no, la calamidad de esta casa es el hombre que la fundó — contestó ella sin alterarse.

Pero como el asilado protestara enérgicamente, entró en el comedor la señora Carney, inquiriendo lo ocurrido.

Abril, súbitamente inspirada, señalando un hermoso cuadro que adornaba el testero del comedor, replicó:

—Este hombre, el señor Prentice, fué el que alimentó vuestras ilusiones, alimentándoos como se alimenta a las gallinas... Si no hubiese sido por él, no tendríais más remedio que trabajar, y muchos de vosotros, impulsados por la necesidad, podríais haber llegado a ser célebres...

Todos quedaron sorprendidos ante la diatriba de la joven, que mostraba bajo su aparente dulzura, el vigor de un temperamento enérgico. El supuesto Guillermo Craig no aparecía menos extrañado.

—¡Por ese insulto al fundador de este Asilo te vas a ir a la cama sin cenar! — exclamó la señora Carney.

Y ella, como si de pronto hubiera medido la imprudencia de sus palabras, inclinó la cabeza, abandonando prestamente el comedor.

La señora Carney la perdonó por aquella vez... Y terminado el trabajo de aquel día, Abril Blair retiróse a su mísero cuartito, recreando su imaginación en un mundo de ilusiones que ella misma se había forjado.

Sentóse ante su mesa, mal alumbrada por un quinqué de petróleo... Sus ojos se recrearon en la contemplación de un cuadro, una tela mal pintada en la que aparecía un barco de desplegadas velas surcando el mar tempestuoso.

—El barco de mis ensueños — comentó—. ¿Cuándo iré a él?

Abrió una libreta en la que ella escribía sus impresiones diarias, y cogiendo la pluma, transcribió los sentimientos de la jornada:

Para mí misma:

¿Cómo es posible que el barco de mis ensueños venga por mí mientras el jardín de mis pensamientos esté lleno de abrojos? Estos se convertirán en flores si respeto a la señora Carney, que es muy buena, y trato con cariño a los pobres viejecitos.

Se ilusionaba pensando en algo misterioso que pasaría junto a ella trayéndole la emoción de lo desconocido.

Y así soñando, con el reposo y la bondad de la juventud, quedó dormida... Poco a poco, la lámpara macilenta se fué apagando hasta no ser más que una gota de luz, que murió también...

**

Un día que la señora Carney fué designada para formar parte del Jurado de la vecina ciudad y tuvo que ausentarse del Asilo desde la mañana, Abril hizo una de las suyas.

Colocó en el jardín un cartel que decía:

Para celebrar la ausencia de la señora Carney. "Gran Merienda Campestre" en La Barranca. ¡Venid! ¡Venid todos! Abril.

E inició el desbarajuste, la revolución en aquella casa tranquila de ordinario.

—¡Amigos, hay que celebrar la ausencia de nuestra tirana! ¡A divertirse!

Y los viejos, pueriles como si retornaran a la niñez, se dejaron conducir por la voz arrulladora de la muchacha. También Guillermo siguió tras la jovencita con la que iba ligándole una simpatía creciente.

Sólo el violinista Renard, sumido en sus melancólicos recuerdos, se negaba a formar parte de la excursión. Ella le mostró un violín para que tocara como en sus lejanos días.

—No, Abril, no... Mi violín sabía cantar, pero ya no sabe...

—Tóquelo por mí... — le suplicó ella—. No sea usted una excepción. Diviértase como todos ellos...

Y Renard quiso sonreír y la acompañó también ha-

cia la Barranca, una parte lejana del jardín que pronto convirtiéndose en un merendero, lleno de canciones y de alegría.

¡Oh! ¡La ausencia de la señora Carney rejuvenecía a todos aquellos hombres! Merendaron espléndidamente, recitaron versos. Renard arrancó de su instrumento de cuerdas melodías sollozantes, y Abril cantó y balió como una artista de corazón.

El grupo de antiguos bohemios aparecía entusiasmado. El canto y la danza de aquella hermosa mujer, estatua de carne, estremecida con todos los ritmos eternos de la belleza, les causaba una impresión fascinadora. La coronaron con un gran ramo de plantas silvestres, cantando a coro como si glorificasen a una deidad:

—¡Que viva nuestra Reina del Canto y de la Danza!

"Guillermo" la miraba con ojos de amor, viendo en ella a una artista incomparable. Y la rogó, emocionado:

—Señorita Abril, tiene usted una voz divina... ¿Quiere usted cantarnos la canción de la escala de la gloria?...

—Sí quiero...

Y su voz de seda cantó:

Suben por la escala de la gloria humana...

La miraban los viejos bohemios en éxtasis como ante una aparición sobrenatural... Y ella, seducida por la atención de sus oyentes, cantaba, cantaba, poniendo toda su alma, toda su vida en el arrullo de su voz.

Cuando cesó de cantar, exclamó como un himno triunfal:

—Al final del camino de la gloria, hay una ciudad maravillosa, en la que todo el mundo prospera y no hay fracasados... ¡Vamos!... ¡Subid todos tras de mí!

Los artistas la siguieron, convencidos de que iba a pasarles algo extraordinario.

Pero la realidad se presentó de improviso, más desconsoladora todavía comparada con la ilusión. La

señora Carney estaba junto a ellos, procurando detener a la muchacha, responsable de lo ocurrido.

Los bohemios huyeron, temiendo la reprimenda dura de la tirana del Asilo. Abril quedó al lado de "Guillermo", quien procuraba defenderla.

—¡Estás loca, completamente loca! Ya veo que no puedo dejarte al cuidado de la casa ni tener confianza en ti. En cuanto vuelvo la espalda, te dedicas a hacer tonterías, y ¡te vas a marchar de la casa hoy mismo!

—Ella no quiso causar ningún daño, señora — dijo "Guillermo", intentando defenderla.

—Usted también es uno de los culpables. ¡Qué hombres! ¡Qué hombres! ¡Ha sido una suerte que me hayan dejado volver temprano a casa, porque así he podido disfrutar del espectáculo de unos chiflados haciendo el bobo con esa cabra loca!

La "cabra loca", Abril Blair, había huído temerosa del furor de la señora Carney.

Y la encargada del Asilo, lanzando maldiciones contra el insólito desorden, penetró en la casa, encerrándose en su habitación, como una fiera en su jaula.

Los asilados se hacían lenguas de aquel suceso. ¡Esa Abril que todo lo revolucionaba! Pero uno de ellos, el llamado Manny Bean, tomó una resolución que comunicó a sus compañeros. El había sido empresario en otras épocas y aquella función de arte le había animado a luchar de nuevo. Quería abandonar el Asilo para reintegrarse a las aventuras del mundo.

Por su parte, también "Guillermo" Craig se decía que la institución fundada por su padre era el mayor de los fracasos. Y un sentimiento de huir, de abandonar aquel ambiente y alistarse de nuevo en las filas de la aventura, atropellaba su imaginación.

Cuando supo que Abril abandonaba el asilo, expulsada por la señora Carney, se dispuso a hacer lo propio, y propuso a la joven:

—Señorita Abril... yo también me marchó. ¿Hay un lugar para mí en su escala de la gloria?

—Ignoro lo que voy a hacer. Estoy tan desorientada.

—No se preocupe. Canta y acciona usted como una gran artista, Abril. Con usted me sentiría capaz de volver a la lucha.

—Pues bien, vayamos a recorrer el mundo — contestó ella, entusiasmada—. Tiene usted razón. Tal vez afuera nos esperan la gloria y la fortuna. No vacilemos más.

—Su palabra es música y optimismo, querida Abril. Triunfaremos.

Parecía un hombre nuevo, un ser que, abandonando su uniforme de desdichado, recuperara el traje juvenil.

Fueron a salir juntos. Alguien se interpuso ante ellos. Era José Renard, que les miraba asombrado.

—¿Adónde van ustedes?

—A vivir, Renard, a respirar el verdadero aire libre, no la atmósfera fatal de esa casa. ¿Quiere usted acompañarnos? — propuso "Guillermo".

—¡Sí, sí! Yo también quiero seguirles. Usted, Abril, nos ha hecho soñar a muchos con una vida nueva. Quiero vencer o morir en la lucha — respondió el desengañado.

—¡Pues vámonos! ¡Se acabaron los fracasados! ¡Desde hoy vamos a vivir!

Y, poco después, dejaba el viejo asilo aquel grupo rebelde que no vacilaba en lanzarse de nuevo por los caminos ásperos, pero fragantes, de la gloria.

**

Manny Bean se fué a vivir solo. "Guillermo", José y Abril, durante medio año lucharon juntos en Nueva York, la gran ciudad en la que muchos fracasados prosperan y no pocos de los que creen haber prosperado fracasan.

Habitaban una bohardilla. Abril, aleccionada por José, perfeccionaba su voz, estudiando a los grandes maestros y educando las vibraciones de su garganta. Este trabajo le causaba la fatiga natural de todo estudiante aplicado.

—¡No puedo más, José, no puedo más! ¿Por qué me haces trabajar tanto?

Y el músico le contestaba, convencido:

—No te desespere, que pronto vencerás... Y entonces, todas estas penalidades tendrán su recompensa.

Aquella tarde, Abril daba su lección de música con José. De repente entró en el sotabanco "Guillermo" con los ojos resplandecientes de alegría.

—¡Dinero! ¡Amigos míos!... ¡"La Tribuna" ha aceptado mi novela corta, y ya tenemos con qué comer otros ocho días!

Aquellas palabras vivificaron el espíritu cansado de Abril.

—¡Qué felicidad, Guillermo! ¡Me parece que estoy viendo ya el barto de nuestro ensueño en el horizonte!

—¡Sí, Abril, triunfaremos! ¡Todos nos haremos célebres y tras estos días penosos vendrán la fortuna y el bienestar!

Pasaron una velada deliciosa. Acariciaban mil ensueños con la rapidez vertiginosa de la juventud... "Guillermo" no sentía únicamente por Abril todos los entusiasmos que puede inspirar un temperamento de artista...; le parecía que aquella linda mujer podía muy bien ser la reina de su hogar futuro... La amaba, y al mirarse en sus negros ojos, sentía el corazón invadido de ternura y su voz le templaba llena de emoción.

Sin que Abril supiera una palabra de ello, "Guillermo" y José habían trabajado durante muchas noches en una opereta que había de servir para elevar su nombre a la más alta fama. Una hermosa mañana, los dos antiguos fracasados se dirigieron al despacho del gran empresario neoyorquino Shulanger, para conocer la decisión de éste. Algunos días antes le habían entregado la opereta por si podía ser estrenada.

Mientras esperaban, en la antesala, un rostro conocido vino a saludarles. Era Manny Bean, que se mostraba muy ufano al reconocer a sus viejos amigos:

—¿Qué os parece, muchachos?... ¿Tengo alguna semejanza con el fracasado del Asilo?... ¡Cuidado

que Shulanger sabe escoger bien a sus empleados!... Por eso me escogió a mi para secretario.

—Has tenido buena suerte, Bean... Mejor que nosotros... Pero... ¿puedes adelantarnos alguna impresión sobre nuestra opereta?...

—¡Ah, no!... El señor Shulanger reserva sus decisiones hasta el momento oportuno... Nada sé... Pero... he ahí al señor Shulanger... él os sacará de dudas.

Entró en el despacho un elegante caballero, que saludóles con gran cordialidad...

—Amigo mío — dijo a "Guillermo" —. Esta opereta es tan buena como malas eran las otras obras que me trajo usted antes de ahora... ¡y cuidado que eran malas!

—Entonces — exclamó "Guillermo" casi sin dar crédito a lo que oía —, ¿accepta usted nuestra opereta?

—Sí y pronto se estrenará...

Le aturdieron los dos artistas, con las explosiones de su gratitud. Una mujer, ataviada con gran lujo, penetró en la habitación.

—¡Ah! ¡La señorita La Mont!... Acérquese... acérquese... tengo el gusto de presentarle a los autores de la nueva opereta que va usted a estrenar...

La recién venida les miró con aire de superioridad.

—La señorita La Mont va darles a ustedes gran renombre... Es famosísima... Ha estado procesada por haberle pegado un tiro a su marido y acaban de absolverla.

"Guillermo" sonrió ante tales informes. Le era antipática aquella mujer orgullosa. Además su opereta no debía cantarla otra persona que Abril.

—Señor Shulanger, para cantar nuestra opereta hace falta buena voz y no buena puntería... Además, le escribí a usted hablándole de Abril Blair. Se trata de una muchacha muy artista y con una voz deliciosa...

—Sí, ya me figuro... — comentó La Mont burlescamente —. Será de las que vuelven locos a los hombres en el "camerino" y, en cambio, los hacen huir, espantados, de las butacas...

—¡Cuidado, señorita La Mont! — dijo "Guillermo" con todo su ardor de enamorado.

Pero al señor Shulanger aquella conversación le había puesto de malhumor. ¡Imprudente joven! ¿Cómo se atrevía a hablar con aquel desdén de la maravillosa La Mont!

—Acabemos, amigo — le dijo con brusquedad —. Su opereta debe cantarla mi recomendada. Nadie más. ¿Está usted conforme?

—No, señor Shulanger, no. En tal caso, prefiero no estrenarla...

—Pues, entonces... — respondió levantándose.

—Sí, ya sé. Adiós, señor...

Salió con José y Manny, completamente desconcertados los tres por aquel inesperado final.

—¡Qué cabeza tan dura tienes! — censuró Manny, ya en el corredor, a "Guillermo" —. Si la tonteara se pagase en dinero, tú tendrías una inmensa fortuna...

—¡Bah! ¡Abril estrenará la opereta sea como sea, aquí o fuera de aquí, y aunque tenga que ser yo mismo el empresario! ¿Verdad, José?...

El músico, que había vacilado un momento, respondió convencido:

—Tienes razón. No podíamos abandonar a Abril. Ella debe compartir con nosotros el triunfo.

—Pero ¿con qué medios contáis? — preguntó el secretario de Shulanger.

—Ya veremos... Sí, tomar un teatro y montar una obra nueva cuesta mucho dinero... Ya lo sé... Pero mi padre, que era inmensamente rico, me dejó toda su fortuna con la condición de que no me la entregaran hasta que yo escribiese una obra aceptable... Tengo ya la obra; por lo tanto, soy rico.

Esta vez le miraron con miedo, temiendo hubiera perdido la razón.

—Pero ¿qué cosas dices?... ¿Cómo hablas de dinero, si carecemos de él?

—No te preocupes... Mi verdadero nombre es Eduardo Prentice. Mi padre fué el fundador de nuestro famoso Asilo.

—¿Tu padre?... ¿Tú eres el hijo de Prentice?

—Os doy mi palabra. Veréis... Tomaremos un teatro fuera de Nueva York... Yo pondré todo el dinero que haga falta, pero sin que Abril sepa una palabra de todo esto... Con esta condición, tú, Manny, serás el verdadero empresario para todo el mundo y la contratarás como estrella. Quiero que Abril siga creyendo que soy Guillermo Craig, el fracasado.

Manny, ante aquella revelación e impulsado por la simpatía que sentía hacia sus amigos, aceptó, encantado, el ofrecimiento.

Al día siguiente, Manny Bean fué a la buhardilla de los tres amigos. Abril le reconoció mostrando su entusiasmo al ver a su antiguo compañero de infortunio.

—Es un gran empresario — explicó “Guillermo” —. Viene a ofrecerte el papel principal en una opereta nueva...

—¡Bromista...!

—Nada de bromas — dijo Manny—. Es verdad cuanto dice Guillermo... Necesito una artista que cante de veras y no hay otra mejor que tú. ¡De modo que, a subir por la escalera de la gloria!

Y le entregó la partitura. Ella la hojeó nerviosamente, creyendo soñar.

—La letra es de Eduardo Prentice y la música de José — dijo Manny—. Prentice, que es un hombre muy rico, está ahora en París, y yo tengo el encargo de no reparar en gastos para montar y lanzar su obra, que es preciosa...

—¡Qué feliz soy, Guillermo! — dijo ella mirándole con amor—. Pero mi felicidad sería mayor si tú pudieses participar de ella.

Y “Guillermo” contestó, sonriente:

—Abril, tengo la seguridad de que algún día he de participar de tu felicidad y de tu gloria... No me importa que triunfes primero... Todo llegará. Hoy, Manny, te quedas a comer con nosotros, y todos juntos estudiaremos el plan a seguir...

No quería confesar a Abril su verdadera personalidad. Amaba a la dulce compañera y estaba seguro de que ella le correspondía... Y sentía la embriaguez de verse adorado siendo pobre, y descono-

cido. ¡Oh, qué placer tan hermoso cuando él confesara su verdadera situación y le dijera a Abril que era hijo del millonario Prentice!...

Habia recogido del Notario el dinero suficiente para representar la obra y que aquél le había entregado una vez convencido de que se trataba de algo



—¡Qué feliz soy, Guillermo! Pero mi felicidad sería mayor si tú pudieses participar de ella.

serio. Y ahora con aquel dinero iba a sembrar el hermoso campo del futuro.

Por fin, después de interminables días de nerviosidad, durante los cuales la muchacha estudió con todo su deseo de vencer, llegó la noche del estreno,

en Bridgeport, de la nueva obra. Y lo mismo la opereta que la cantante Abril Blair obtuvieron un éxito rotundo.

Ovaciones delirantes, el telón levantándose infinidad de veces, las felicitaciones continuas... José, en la orquesta, sonreía, ante el éxito. "Guillermo", en una butaca, saboreaba su contento con una amplia felicidad interior. Envió a Abril un pequeño ramo de flores con una tarjeta entusiasta: *Magnífico triunfo el tuyo. Te felicito.*

La joven aparecía radiante, confundida, entre tanto homenaje cordial. Al principio sintióse ligeramente sobrecogida, pero pronto se rehizo, mostrándose una gran artista decidida como si hubiera pasado la existencia pisando los escenarios. Manny Bean estaba loco de contento... ¡Empresario de una obra así y con una actriz como Abril! ¡El dinero que iban a ganar!

—Date prisa, Abril — le dijo—; los Quails quieren conocerte—. Es la familia más rica de este Estado...

Y allá, entre bastidores, la presentó a un elegante matrimonio que la colmó de halagos y de sonrisas. Dudley Quail, muchacho echado a perder por el exceso de mimos de sus padres, muy conocido por las gentes de teatro, la ofreció igualmente su felicitación, entregándole una maravillosa *corbeille* de rosas.

Ella, aturdida, dejó caer el pequeño ramo que había recibido de "Guillermo" para coger el deslumbrante obsequio del joven.

—Gracias... gracias... ¡qué buenos son todos ustedes...!

—¿Nos permite usted que la llevemos en nuestro auto hasta el hotel, señorita Abril?

Ella quedó un momento silenciosa. Pero Manny murmuró a su oído:

—Díle que sí... Ese joven millonario está loco perdido por ti.

Y ella, seducida por las luces artificiales del homenaje, aceptó la invitación. Ya no vivía en la buhardilla. De común acuerdo con sus amigos se había

trasladado al mejor hotel de la población. Era necesario dar el golpe, aparentar riqueza.

Entretanto, en otra parte del escenario, "Guillermo" y José comentaban el éxito.

—Es curioso que esta obra sea tan buena, cuando las otras que escribí fueron tan malas...

—Quizás sea porque antes escribías para ti solo, y ahora escribes para alguna otra persona — comentó maliciosamente José.

—Si en Nueva York canta como ha cantado aquí, va a ser un éxito loco.

—Me parece que el barco de ensueño de Abril está a punto de llegar...

—¡Su barco de ensueño! ¡Me has dado una idea!... Me voy a Nueva York, y, cuando ella llegue allí, su barco de ensueño estará esperándola.

Abril había marchado con los Quails. Y "Guillermo" y José se dirigieron hacia su casa, soñando en nuevos días gloriosos como aquel... Sólo "Guillermo" sentíase ligeramente disgustado. No había podido saludar a Abril... Ella había salido con el empresario y una familia amiga. Comenzaban los compromisos.

**

La corta actuación de Abril, en Bridgeport, fué triunfal. Y Dudley Quail, el joven millonario, quiso deslumbrar a la nueva estrella, celebrando en su honor un gran festival en los jardines de su palacio.

La colmó de atenciones, de homenajes; todo era para ella. Cuando iluminaron el cielo nocturno las combinaciones de luz de los fuegos artificiales y apareció su nombre entre una apoteosis de bengalas, Abril estuvo a punto de llorar. ¡Era demasiada gloria! Y no supo qué contestar cuando escuchó que Dudley le decía:

—Abril, dime que puedo tener alguna esperanza, y tendrás todo lo que tu corazón desee.

Pero a Abril le parecía que sentía por "Guillermo" el verdadero amor de su vida. ¡Ay! ¿Por qué no estaba con ella, celebrando su triunfo? José

le había dicho que su amigo había marchado a Nueva York para preparar el próximo *début* de ella. Y la artista hubiera deseado permanecer al lado de su amigo en aquellas hermosas jornadas.

Mientras tanto, "Guillermo" había preparado la gran sorpresa. Un barco de ensueño estaba anclado



—Abril, dime que puedo tener alguna esperanza y tendrás todo lo que tu corazón desee.

en la bahía de Nueva York, esperando la llegada de Abril Blair. Era el yate de su padre, puesto ya a su disposición.

En la buhardilla donde habían transcurrido los días de lucha, "Guillermo" esperaba recibir la visita de Abril. Ignoraba como un temible rival iba poco a poco socavando los cimientos de aquel corazón virgen, deslumbrándolo con la majestuosidad de sus riquezas. ¡Oh, cómo llegaría Abril, orgullosa y satisfecha por el triunfo obtenido en el Estado de Bridgeport! Y ahora, al regresar a

Nueva York, él le brindaba un hermoso barco, en el que había colocado algunos cuadros de la buhardilla, entre los cuales había aquella marina famosa de alas de ensueño. "Guillermo" se complacía pen-



Pero a Abril le parecía que sentía por Guillermo el verdadero amor de su vida.

sando en la hora en que Abril descubriría toda la verdad, enterándose de que él, "Guillermo" Craig, el fracasado, el que no había podido lograr el éxito, no era otro que Eduardo Prentice, el glorioso autor de la opereta que le había dado la celebridad. Y se regocijaba viendo ya la cara que pondría la joven.

Una tarde, llegó José Renard al sotabanco. Acababa de dejar a Abril, según dijo, procedente de Bridgeport.

—¿La has invitado a que visite mi yate? — le preguntó "Guillermo".

—No. Abril vino en *auto* con ese loco de Dudley Quail. No le he podido hablar. ¡Qué le vamos a hacer! Quail tiene muchos millones de dólares y está loco de remate por Abril. Ella no tardará en llegar.

Profunda tristeza se apoderó de "Guillermo". ¡Sus ensueños, desvanecidos! ¡Su ilusión, rota! Viéndole silencioso, el músico exclamó:

—Hay que ser comerciante, amigo. Deja que yo le proponga entrar en el negocio de la empresa... Nosotros nos quedamos con el ochenta por ciento.

—No, nunca.

Se abrió la puerta, y apareció, lujosamente vestida, Abril Blair. Se apoyaba en un alto bastón y en toda ella se veía el afán de seguir una moda exagerada.

Se acercó a "Guillermo", estrechándole la mano con fuerza:

—¡Qué triunfo tan hermoso, Guillermo! ¡Al fin puedo saber lo que es vivir!

—Sí, ya lo sé — respondió, él—... Y vuelvo a felicitarte.

—¡Oh, tú no lo sabes bien, tú no has estado allí estos últimos días!... ¡Qué aplausos! Y José no tiene rival como director de orquesta. Tienes que verle el día de mi *debut* aquí en Nueva York.

—Decidido; no faltaré al estreno.

—Pero te encuentro pálido, de malhumor. ¿Qué te ocurre? ¡Bah! Ya lo sé, no me digas nada. Tú tienes un poco de envidia, un poquito, porque ves que José y yo hemos triunfado y tú esperas aún que estrenen algo tuyo, ¿verdad?.

Ahora, "Guillermo" sonreía con la superioridad del hombre poseedor de un valioso secreto. Pero no; no quería decir nada. Ella continuó, alegre y nerviosa, con cierta *pose* estudiada:

—El señor Quail está esperándome abajo, en su

auto. ¿Le digo que suba? Como tiene mucho dinero, quizá se decida a poner en escena alguna de tus obras. Ya le he hablado de ti.

—¡Has hecho muy mal! — protestó "Guillermo".
— Yo no quiero que le hables de mí para nada...



—¡Qué triunfo tan hermoso, Guillermo! ¡Al fin puedo saber lo que es vivir!

—¡Orgullosos!... Pues he de llamarle. Espera. Y dirigiéndose a la ventana, lanzó un grito al joven Quail para que subiese. Y unos minutos después, el millonario se personaba en la buhardilla. Los dos rivales se miraron con profunda indiferencia. "Guillermo" odiaba con toda su alma a aquel ser que iba deslumbrando poco a poco el alma in-

genua de la muchacha. Quail murmuró al oído de Abril estas palabras:

—¿Es el joven fracasado de quién me has hablado antes?

—Sí... pero ya te contaré luego...

Durante algunos minutos se trabó una conversación general, ponderando todos el mérito sobresaliente de la obra y de la intérprete. Ella mostró un paquete de periódicos que la elogiaban. También para José Renard los elogios eran cálidos y sinceros. Pero el músico miraba con desolación a "Guillermo", cuyo papel de supuesto derrotado le ponía en una situación poco airosa, preguntándose cuándo cesaría en su extraña actitud, rompiendo el incógnito misterioso.

Pero "Guillermo" quería ganar el amor de Abril, convencerse de que ella le quería no porque hubiese obtenido la gloria, sino por su bondad, por el amor que está por encima de las categorías y de los éxitos sociales. Y así se conformaba con aquel suplicio, esperando la hora inevitable del desquite.

—Voy a preparar el te. Supongo lo tomarán ustedes con nosotros.

—De mil amores, Guillermo... ¡Oh! ¡Cómo me recuerda este momento mi vida anterior, junto a vosotros...!

El joven Quail no parecía muy dispuesto a quedarse allí, y dijo a Abril:

—Recuerda que le hemos dicho a mi madre que nos reuniríamos con ella en el Ritz a la hora del te.

—Tienes razón — respondió ella, ya dominada por el millonario — Guillermo — dijo intentando disculparse —, yo quisiera quedarme, pero la madre de Dudley nos espera en el Ritz.

—Sí, ya comprendo — contestó con ironía "Guillermo" —. Tienes muchos compromisos. No se puede ser célebre...

—Supongo que no te enfadarás por esto, Guillermo... Y no quiero que faltes a mi *début* en Nueva York.

—Iré a aplaudirte...

—Adiós, Guillermo, José, hasta otro día...

Y con Dudley, que apenas se dignó mirarles, abandonó la buhardilla.

"Guillermo" se dejó caer en una silla, abatido, como si su juventud hubiera desaparecido de pronto. José se acercó cariñosamente y le dijo:

—Si la quieres tanto, ¿por qué no te declaras de una vez?

—No me interesa que Abril quiera a Eduardo Prentice, el rico, sino a Guillermo Craig, el fracasado. Veo que me he equivocado. Ella es como todas las mujeres, se enamora de los que pueden brindarle una brillante posición. ¡Qué desengaño!

—No seas así, amigo mío... Descúbrete de una vez y quedará anonadada, confundida.

—No lo haré...

Pero de nuevo la linda figura de Abril Blair apareció en la puerta:

—Aquí me tenéis... Me dejé olvidados los recorres de periódicos que hablan de mis triunfos... ¡Ah! Ahí están... Pero ¿qué tienes, por qué pones esta cara tan triste, Guillermo?

El músico, dándose cuenta de que el momento era propicio a la confidencia, se marchó. Y los dos jóvenes quedaron mirándose con desconfianza.

—Me parece adivinar tu tristeza, Guillermo... Añoras lo pasado, ¿verdad?... Pero sé razonable... Hazte cargo del motivo que me impide quedarme aquí... Las cosas han cambiado mucho, bien lo sabes...

—Abril... Abril... te quiero... ¡Siempre te he querido!...

Ella le miró sorprendida, sintiéndose turbada.

—¿Por qué me dices eso, Guillermo?...

—¡Porque te amo, porque creo que no podré vivir sin ti!

En el espíritu de Abril luchaban distintos sentimientos. "Guillermo" representaba algo en su corazón; pero ahora que la gloria le sonreía, ¿iba a casarse, torciendo tal vez su porvenir?

—Mira, Guillermo... quiero que continúes siendo el amigo cariñoso y bueno que siempre has sido

para mí... No me guardarás rencor. ¿Verdad que seremos amigos?...

Y puso en sus manos una carta que no había podido entregar la primera vez y que ahora lo hacía con nerviosa intranquilidad. Y sin decirle nada



—Mira, Guillermo... quiero que continúes siendo el amigo cariñoso y bueno que siempre has sido para mí...

más, se alejó, descendiendo precipitadamente la escalera para subir al automóvil de Dudley.

"Guillermo" rompió el sobre, encontrando en su interior un billete de Banco y esta carta:

Querido Guillermo: Los cincuenta dólares que encontrarás en esta carta no son más que un prés-

tamo. Quiero que te compres un frac y asistas a mi debut en Nueva York como un dilettante cualquiera. Abril.

P. S. Esta butaca es lo único que he podido conseguir a pesar de toda mi influencia. Miraré hacia ella en cuanto salga a escena.

Dobló el escrito con rabia. ¡Un billete de Banco! He ahí lo que le ofrecía a él aquella criatura salida de la miseria! ¡Qué ridículo soñar con el amor!

—Qué necio he sido — repetía — al imaginarme que mi yate podría ser su barco de ensueño. Nada represento para ella, nada. Pero... esta situación no puede continuar. Tiene razón José...

Unos días después, Abril debutaba en uno de los primeros teatros de Nueva York. El éxito de la obra fué enorme. José, dirigiendo la orquesta, tuvo que saludar repetidas veces al público enloquecido por el entusiasmo. Abril estuvo espléndida, incomparable. "Guillermo", sin perder todavía su incógnito había presenciado la función desde uno de los palcos. ¡Qué gran artista era Abril! se repetía. Qué lástima que la influencia teatral la hubiese dominado tan pronto. No había querido aceptar la butaca que ella le diera. Era demasiado orgulloso para ello.

Durante el primer acto, Abril había dirigido con frecuencia la mirada hacia la butaca que había reservado para "Guillermo", y al verla vacía, sintió un vuelco en el corazón. ¿Qué habría ocurrido?

Aquella ausencia le preocupaba. Y así, cuando el joven Dudley Quail fué a su "camerino" a rendirle su felicitación, ella estuvo menos cordial que de ordinario. Pero el joven millonario, enamorado de los encantos de la muchacha, le declaró de nuevo el amor que sentía hacia ella, estribillo monótono que venía repitiéndole hacía una porción de días.

—¿Por qué me haces esperar? — le decía—. ¿No estás, acaso, segura de mi cariño?

—Del tuyo, sí, Dudley — le respondió—. De lo que no estoy segura es de quererte yo lo bastante para casarme contigo...

—Abril, te quiero con toda mi alma. En mi casa consienten la boda... Decídete de una vez.

—Al final del último acto te daré mi respuesta definitiva — le respondió al tiempo que la avisaban para salir de nuevo a escena.

Pero, según ella, "Guillermo" no estaba en el teatro... Y tenía que realizar esfuerzos para no olvidarse de que representaba una opereta: la ausencia de su amigo la preocupaba hondamente.

Cuando terminó el segundo acto llamó a una camarera y le dijo:

—Diga al acomodador que averigüe por qué no está ocupada la butaca número 6 de la fila cuatro.

¡Ah! La noche última la había pasado sin poder entregarse al sueño. Recordaba los meses vividos en la miserable buhardilla, la simpatía que le había inspirado "Guillermo", una simpatía que, sin darse cuenta ella misma, se había convertido en amor... Y ahora, porque era un fracasado, porque no había logrado todavía estrenar, le despreciaba. Quería enmendar su error y brindarle una sonrisa de novia.

—Señorita Blair — anunció la camarera —, me ha dicho el acomodador que no se ha presentado nadie con derecho a esa butaca por la que usted se interesa.

¿Estaría enfermo? Quiso salir de dudas y telefonó a la portería de su casa, preguntando qué había sido de él.

—El señor Guillermo no vive ya aquí — dijo la voz —. Se marchó sin dejar sus nuevas señas.

Comenzó a ponerse nerviosa y escribió en un papel estas líneas con un deseo de artista que quiere comunicar sus impresiones:

Querido Guillermo: ¿Dónde estás?... Me volveré loca si no te veo. ¿No me dijiste que me querías?

Arrugó el escrito dejándolo sobre el tocador... Se encontraba enferma... ¡"Guillermo"!... ¡"Guillermo"!... ¡Le quería, comprendía de pronto la intensidad de su amor!... Lloraba, pateaba.

Era ya la hora de levantar el telón... Pero Abril se negó en redondo a continuar la opereta...

—Si no aparece Guillermo, no quiero trabajar.

Acudió Manny Bean, el empresario, que puso el grito en el cielo al enterarse de los propósitos de Abril... Intentó convencerla, todo inútil... Renard, viendo que el público se impacientaba, acudió al empresario a inquirir las causas del retraso:

—Tiene la culpa Abril... se ha vuelto loca... Figúrate que si no aparece "Guillermo", todo esto se lo lleva la trampa... No continuará la representación...

—Si no es más que eso... "Guillermo" está en su palco, bien ajeno a cuanto ocurre. Voy a llamarle.

"Guillermo" se resistía a ir, pero al enterarse de que Abril se negaba a continuar la obra, accedió a visitarla... La encontró llorando con un desconsuelo de mujer abandonada. Ella, al verle, se levantó, repentinamente alegre:

—¡Tú!! Pero... ¿por cincuenta dólares has podido comprar todo esto? — exclamó señalando su impecable traje, sus gemelos, su botonadura de perlas...

—Te extraña, ¿verdad?...

—Sí... mas... ¡gracias a Dios que has venido!... Ahora ya puedo empezar... En cuanto termine el último acto, ven a verme.

Abril obtuvo un triunfo enorme... Llevaba la alegría en su interior y transmitía a todos sus gestos una maravilla de arte...

Cuando terminó, corrió a su "camerino". En uno de los pasillos encontró al joven Dudley Quail que la abrazó estrechamente, loco de entusiasmo y pensando en una contestación favorable. Ella intentó desprenderse... No le importaba nada aquel hombre. A quien quería era a "Guillermo".

Pero éste había presenciado el abrazo, y creyéndose burlado nuevamente, tornóse pálido, y su rostro se contrajo en una mueca de angustia. Se alejó con precipitación, temiendo que ella le viera.

—La he sorprendido en sus brazos — dijo a José—. ¿No quiero saber nada más de ella! ¡Me voy a bordo de mi yate para hacerme a la mar inmediatamente!...

José le dejó partir. ¡Pobre amigo que no saboreaba la gloria! ¡Victima del amor!

Abril, rechazando a Quail había buscado a "Guillermo" sin dar con él. Volvía a sentirse preocupada. Preguntó a José si había visto a su amigo...

—Pero... ¿te interesa verle?... Ha ido a embarcarse... Se ha marchado... No sé.

—¿Qué dices? ¿Marchó? ¡Guillermo! ¡Oh! ¡Mi pobre Guillermo! ¡Vamos, vamos inmediatamente!

—Abril, a las mujeres no hay quien os entienda — respondió el músico, desorientado ante la actitud tan contradictoria de ella.

Y en un automóvil, corrieron hacia el muelle, embarcando en una lanchita para dirigirse al yate que ya emprendía su rumbo hacia alta mar. Entraron en el vapor, penetrando en el camarote de "Guillermo" que se hallaba abstraído en sus recuerdos melancólicos.

—¡Tú aquí! — exclamó al ver a Abril.

—Sí... yo, Guillermo, yo... ¡Qué loca he sido haciéndote sufrir así!... Sin ti, ¿qué significa para mí la gloria?...

—Apártate... Tú no me quieres... tú amas al millonario que te abrazaba hace unos instantes.

—No, no, te lo juro... Yo le rechazé... No me importan sus riquezas... A quien amo es a ti, únicamente a ti, aunque seas pobre, aunque no te conozca nadie... ¡Guillermo mío!

Y le miraba con los ojos suplicantes de amor... El se sintió conmovido ante aquellas palabras y la dijo:

—Abril... Abril... sigue hablándome... vuelves a ser la que yo soñé siempre, la amada a quien no le importa si soy vencedor o derrotado...

Durante un momento vivieron un éxtasis de amor. Luego Abril dirigió su mirada hacia las paredes del camarote llamándole la atención varios cuadros que habían estado en la antigua buhardilla, entre ellos el del barco de los ensueños, la tosca pintura que tantas veces le había inspirado deseos de triunfar.

—Pero, Guillermo, ¿qué quiere decir todo esto? — preguntó extrañada.

Renard, que había presenciado la escena, sonriente, se encargó de aclararlo todo.

—Yo te lo explicaré: Guillermo Craig, el fracasado, ya no existe... con tu éxito ha desaparecido... Este que tienes delante es Eduardo Prentice, el autor y el empresario de la obra que nos ha hecho a todos felices...



—Pero, Guillermo, ¿qué quiere decir todo esto?

—¡Oh, Dios mío! ¡Cuánta felicidad!... ¡Eduardo! ¡Eduardo!... Pero ¿es verdad?

Abandonó el músico la estancia... Y los dos novios se besaron prometiéndose una eterna ventura...

Mientras, allá en el "camerino" del teatro, el joven Quail encontraba el papel que había dejado Abril sobre el tocador, y que era el escrito en que ella confesaba que Guillermo era toda su vida...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La interesantísima novela, producción de
los hermanos Williamson

La Venus del Mar

Sublime creación de la escultural
ANNETTE KELLERMAN

32 páginas - Numerosas fotografías

Precio: 25 CÉNTIMOS

Postal-fotografía regalo: JACK HOXIE

"La Novela Semanal Cinematográfica" sale todos los miércoles

Retenga en su memoria el libro de

Los Grandes Films

próximo a salir

El Abanico de Lady Windermere

por

MAY MAC AVOY

64 páginas - Numerosas fotografías

Precio: 50 céntimos

PORTADA DE BUEN GUSTO